

TEXTOS MADRE FUNDADORA

19 Estando una noche en oración anegada en un mar de lágrimas, rogando a Nuestro Señor, que por su Santísima Pasión y Muerte, tuviera compasión de las necesidades de la Santa Iglesia, que en aquel tiempo eran muchas, me dijo Nuestro Señor señalándome con el dedo a Mosén Claret como que yo le viera allí entre Nuestro Señor y yo: «Éste es, hija mía, aquel hombre apostólico que con tantas lágrimas, por tantos años seguidos me has pedido», manifestándome Su Divina Majestad la gracia que había puesto en aquella santa alma para la predicación evangélica, y me dijo Nuestro Señor que no había otro remedio para la paz de la Iglesia. Entonces yo no conocía a este señor, sólo había algunos días que oía decir que un capellán llamado Mosén Antonio Claret empezaba a predicar con gran celo de la honra de Dios y salvación de las almas. Me parece debe hacer de esto once o doce años lo menos.

21 Siempre me sentía a Su Divina Majestad a la parte de mi mano derecha; sentía tan real y verdadera esta divina presencia, que me parecía tenía una persona al lado, y cuando levantaba el corazón a Dios para defenderme de las furias del infierno (que padecía muchas), inclinaba los ojos hacia mi Señor como naturalmente se hace cuando se habla con otra persona de mucho respeto, y me imponía tanto la certeza de la divina presencia, que nunca me atreví a mirar directamente a la parte donde yo no dudaba que estaba Su Divina Majestad, sólo levantaba los ojos a una imagen que tenía delante, de Cristo Crucificado, y entonces veía una claridad tan extraordinaria en toda la celda que no sé a qué compararla. La pared que tenía al frente era más blanca que la nieve sin comparación, y parecía que aquella blancura le venía como de un reverbero que tenía al frente, que despedía una luz tan clara y resplandeciente que parecía como los rayos del sol, pero era más clara y suave.

22 Así me parece estaban todas las paredes de la celda porque yo nunca vi más que la del frente, por el grande respeto que me daba la presencia de la Divina Majestad.

TEXTOS PADRE FUNDADOR

CAPÍTULO XVI

De los medios de que me valía para hacer fruto Primer medio. - La oración

264. Estimulado a trabajar por la mayor gloria de Dios y salvación de las almas, como he dicho hasta aquí, diré ahora de qué medios me valí para conseguir este fin, según el Señor me dio a conocer como más propios y adecuados. El primer medio de que me he valido siempre y me valgo es la oración. Este es el medio máximo que he considerado se debía usar para obtener la conversión de los pecadores, la perseverancia de los justos y el alivio de las almas del Purgatorio. Y por esto en la meditación, en la Misa, rezo y demás devociones que practicaba y jaculatorias que hacía, siempre pedía a Dios y a la Santísima Virgen María estas tres cosas.

265. No sólo oraba yo, sino que además pedía que orasen, como las Monjas, Hermanas de la Caridad, Terciarias y a todas gentes virtuosas y celosas. A este fin pedía que se oyesen la santa Misa y que recibiesen la sagrada Comunión, que durante la Misa y después de haber comulgado que presentasen al Eterno Padre a su Santísimo Hijo y que

en su nombre y por sus méritos le pidiesen estas tres gracias que he dicho, a saber: la conversión de los pecadores, la perseverancia de los justos y el alivio de las pobres ánimas del Purgatorio. También les decía que se valiesen de (la) estación del Santísimo Sacramento y de la estación del Viacrucis.

266. También les exhortaba que se encomendasen mucho a María Sma., que le rogasen y pidiesen lo mismo, que para eso se valiesen de la devoción del Smo. Rosario, que siempre predicaba y enseñaba el modo práctico de rezarlo, y yo mismo lo rezaba antes de empezar el sermón con toda la gente, ya para enseñarlo a rezar, ya también porque , rezando todos juntamente, alcanzáramos esas tres gracias que he dicho. Asimismo les enseñaba el modo de ser devotos de los dolores de María, y procuraba que cada día de la semana meditasen en un dolor, por manera que los siete dolores los meditasen en los siete días de la semana, uno cada día.

267. También rogaba y hacía que las gentes rogasen a los Santos del cielo para que intercedieran con Jesús y María y nos alcanzaran estas mismas gracias. Singularmente invocaba a los Santos que durante su vida sobre la tierra habían manifestado más celo para la gloria de Dios y la salvación de las almas.

268. Nunca jamás me olvidaba de invocar al glorioso San Miguel y a los ángeles custodios, singularmente de mi guarda, al del Reino, al de la provincia, al de la población (en) que predicaba y de cada una persona en particular.

269. He conocido visiblemente la protección de los santos Ángeles custodios. Quiero poner aquí unas jaculatorias que rezo cada día y que he aconsejado a otras personas que las hagan, y me han asegurado que les va muy bien con ellas. ¿Quién como Dios? ¿Quién como Jesucristo? ¿Quién como María Sma., Virgen y Madre de Dios? ¿Quién como los Angeles del cielo? ¿Quién como los Santos de la gloria? ¿Quién como los Justos de la tierra? ¡Viva Jesús! ¡Viva María Sma.! ¡Viva la santa Ley de Dios! ¡Vivan los santos Consejos evangélicos! ¡Vivan los santos Sacramentos de la Iglesia! ¡Viva el santo Sacrificio de la Misa! ¡Viva el Santísimo Sacramento del Altar! ¡Viva el Santo Rosario de María! ¡Viva la Gracia de Dios! ¡Vivan las virtudes cristianas! ¡Vivan las obras de Misericordia! ¡Mueran los vicios, culpas y pecados!

270. Oración que rezaba al principio de cada misión. ¡Oh Virgen y Madre de Dios, Madre y abogada de los pobres e infelices pecadores! Bien sabéis que soy hijo y ministro vuestro, formado por Vos misma en la fragua de vuestra misericordia y amor. Yo soy como una saeta puesta en vuestra mano poderosa; arrojadme, madre mía, con toda la fuerza de vuestro brazo contra el impío, sacrílego y cruel Acab, casado con la vil Jezabel. Quiero decir: Arrojadme contra Satanás, príncipe de este mundo, quien tiene hecha alianza con la carne.

271. A vos, Madre mía, sea la victoria. Vos venceréis. Sí, Vos que tenéis el poder para acabar con todas la herejías, errores y vicios. Y yo, confiado en vuestra poderosísima protección, emprendo la batalla, no sólo contra la carne y sangre, sino contra los príncipes de las tinieblas, como dice el Apóstol, embrazando el escudo del Santísimo Rosario y armado con la espada de dos filos de la divina palabra.

272. Vos sois Reina de los Angeles. Mandadles, madre mía, que vengan en mi socorro. Bien sabéis Vos mi flaqueza y las fuerzas de mis enemigos. Vos sois Reina de los Santos. Mandadles que rueguen por mí y decidles que la victoria y el triunfo que se reportará será para la mayor gloria de Dios y salvación de sus hermanos. Reprimid, Señora, por vuestra humildad, la soberbia de Lucifer y sus secuaces, que tienen la audacia de usurpar las almas redimidas con la Sangre de Jesús, Hijo de vuestra virginales entrañas.

273. Además decía el siguiente exorcismo. Satanás con todos sus secuaces: como Ministro que soy, aunque indigno, de Jesucristo y de María Santísima, te mando que te marches de aquí y te vayas a tu lugar. Te lo mando en nombre del Padre, † que nos ha criado; en nombre del Hijo, † que nos ha redimido de tu tiranía, y en nombre del Espíritu Santo, † que nos ha consolado y santificado. Amén. Te lo mando también en nombre de María Santísima, Virgen y Madre del Dios vivo, † que te ha machacado la cabeza. Vete, Satanás; vete, soberbio y envidioso; nunca jamás impidas la conversión y salvación de las almas.